

La forma del tiempo

<http://thearchdruidreport.blogspot.com.es/2013/05/the-shape-of-time.html>

Tratar de discutir sobre las cuestiones fundamentales en esta serie de posts es como tratar de discutir la naturaleza del agua con los peces. Las ideas que juegan el papel más grande en la conformación de nuestra experiencia del mundo y de nosotros mismos están tan profundamente entrelazadas en el acto mismo de la percepción que rara vez (o nunca) las percibimos hasta que nos golpean en la cara por primera vez.

Incluso sugerir que hay ideas tejidas en el acto de la percepción, por lo general nos sorprenden. La mayoría de personas, la mayoría de las veces, piensa y actúa como si las cosas que experimentan con sus sentidos y construyen con sus pensamientos son realidades objetivas "*que están ahí fuera*", y no prestan atención a décadas de cuidadosa investigación que ha demostrado que lo que percibimos es resultado de la cooperación entre los estímulos externos, las estructuras biológicamente definidas de nuestros órganos de los sentidos y del sistema nervioso y los contenidos culturales e individuales definidos en nuestra mente. Todos ellos desempeñan su papel.

Hay una buena razón para que no nos demos cuenta de este fenómeno. Los patrones de pensamiento, como los patrones de acción, son más eficientes cuando no requieren atención consciente. Del mismo modo que tú no puedes convertirte realmente en un músico experto hasta que ya no tienes que pensar conscientemente en cómo poner los dedos en las teclas o en el mástil, realmente no se puede utilizar una forma de pensamiento sobre el mundo hasta que se desliza por debajo de la superficie de la mente y empieza a estructurar el modo en que tú experimentas otras cosas. Presta atención a la forma en que tu mente trabaja cuando se despierta en la penumbra de una habitación desconocida, cómo las formas vagas a tu alrededor tardan un tiempo hasta convertirse en muebles reconocibles, y tendrás una idea de la forma en que esto afecta a la conciencia del mundo; si aprendes algunas habilidades cognitivas tales como la identificación de plantas y observas los cambios en la percepción (cómo los cambios en el follaje de una vaga mancha verde definen una galaxia de patrones legibles) obtendrás un sentido del mismo proceso desde un ángulo diferente.

La dificultad de este proceso ciertamente útil llega cuando las ideas inadvertidas que utilizas para enmarcar tu experiencia del mundo ya no te sirven para comprender las cosas que más necesitas saber. Tom Brown Jr., naturalista y rastreador (seguidor de rastros) en el desierto cuenta una historia en uno de sus libros. Un grupo de estudiantes estaba haciendo prácticas de botánica, identificando plantas en el terreno. En cierto momento, Brown señaló a una planta, y dijo: "¿Qué veis?" Los estudiantes recitaron correctamente todos los datos de la planta. "Acercaos y volved a revisar", dijo Brown. Los estudiantes lo hicieron, y confirmaron que, de hecho, la planta se había identificado correctamente. Siguieron observando detenidamente la planta y hasta pasado un buen rato no se dieron cuenta de que un conejo estaba mordisqueando las hojas inferiores de la planta, para sorpresa de los estudiantes. Habían estado prestando tanta atención a la planta que no habían visto el conejo.

Lo mismo ocurre, con repercusiones mucho más graves, cuando las ideas que se nos escapan no son simplemente unas prácticas de botánica de fin de semana, sino que proporcionan los marcos básicos de referencia para las experiencias y el pensamiento de toda una cultura. El marco cognitivo que llamé en el post de la semana pasada "la forma de tiempo" es un buen ejemplo de ello. La mayoría de personas, la mayoría de las veces, no se da cuenta de que todo su pensamiento sobre el pasado, presente y futuro está conformado por un conjunto de supuestos sobre el tiempo y la historia que no se advierten conscientemente, que están ahí sin más, sin reflexión ni atención. Generalmente se asume que el conocimiento sobre un asunto surge de una fusión de la narrativa de valor cultural y de la experiencia reciente. No es mala idea, habitualmente, a menos que los acontecimientos comienzan a moverse en una dirección que no pueda explicarse por la combinación de narrativa, valor cultural y experiencia reciente.

En la práctica es más fácil de entenderlo con un ejemplo muy alejado de los hábitos comunes de pensamiento actuales. Afortunadamente, la historia de las ideas abunda en ellos. El que yo quiero citar nos llega por cortesía de Hesíodo, uno de los primeros poetas griegos, cuyas obras aún sobreviven. Vivió en el siglo octavo antes de Cristo en la agreste pero hermosa región montañosa de Beocia, al este de la península helénica. Que sepamos, escribió dos grandes poemas, "*La Teogonía*" (una primera genealogía del panteón helénico) y "*Los Trabajos y los Días*", una visión de la forma de tiempo que iba a tener una gran influencia posterior.

Era una visión implacable de la decadencia. Para Hesíodo, el cenit de la felicidad humana estaba en un pasado lejano, en la edad de oro cuando gobernaba el viejo y sabio dios Kronos y la tierra producía sus frutos sin trabajo humano. Desde entonces, siglo tras siglo, todo fue cuesta abajo desmoronándose. La Edad de Plata, de locura y ignorancia; la Edad de Bronce, de guerreros despiadados, la Edad de los Héroeos (inmediatamente anterior a la época de Hesíodo) y finalmente, la amarga Edad de Hierro en que la miseria y el duro trabajo son la herencia que ha recibido la humanidad. En su visión nada mejora hasta que finalmente los últimos tenues restos de la bondad se desvanecen en el viento y los niños nacerán con su pelo ya canoso. Entonces Zeus destruirá la humanidad de la edad de hierro como había destruido a los habitantes de las cuatro edades anteriores, y así termina la historia. Si había un retorno a la edad de oro, Hesíodo no lo menciona.

Hasta cierto punto, el modelo de Hesíodo es el ciclo de la vida humana, visto desde la perspectiva de un anciano repasa su vida en una época difícil: la felicidad en la primera niñez, la locura de la infancia, la guerra y la pasión de la adolescencia, el duro trabajo productivo en la edad adulta, y, finalmente, las miserias de la vejez y la muerte. Con todo ahí hay algo más, porque la visión de Hesíodo de la estructura del tiempo era un reflejo razonablemente bueno de la historia que buena parte del mundo había experimentado en los siglos anteriores a su época.

Dos mil años antes de Hesíodo, la Grecia prehistórica había sido el solar de una gran variedad de culturas locales que trazaron una lenta transición desde las herramientas de piedra pulida hasta el bronce. Sobre esa base surgieron sociedades más complejas, préstamos en gran medida de las avanzadas culturas contemporáneas del Medio Oriente, culminando en la arquitectura y los palacios, la lectura y la escritura y las monumentales burocracias de la época micénica. Aquellos de mis lectores que han aprendido a reconocer ritmos en la historia ya sabrán lo que ocurrió: la tala excesiva y la agricultura intensiva en los frágiles suelos griegos, agravadas por la importación de métodos de cultivo más adecuados a los llanos valles fluviales de Mesopotamia erosionaron las colinas griegas y se desencadenó una crisis ecológica; la mayor parte de la capa superior del suelo de la Grecia micénica terminó en el fondo del mar Egeo, donde todavía se puede encontrar en catas de sus sedimentos; Después siguió la guerra, como de costumbre, el WAU (war, as usual): como en tantas ocasiones hubo guerra, migraciones y colapso poblacional, así es como la sociedad micénica cayó por la curva de su largo descenso.

Ese es el pasado que define la visión que Hesíodo describe del presente y el futuro. Desafío a mis lectores a que consideren, por unos momentos, adaptar sus mentes a esa visión, que traten de sentir lo que hubiera sido el ver la historia como un descenso largo y amargo, que traten de imaginar, desde ese punto de vista, la historia no como una interesante especulación o una teoría, sino simplemente viendo las cosas como son, la forma en que siempre han sido y siempre serán. Piensa en la forma en que el mundo te mira si los mejores años de la humanidad florecieron en el pasado distante y el futuro sólo consiste en una larga trayectoria de descenso que termina en la extinción y tus posibilidades de felicidad relativa dependen de ser inteligente, decidido y muy consciente de los riesgos asociados a cada opción elegida.

La esperanza no es una virtud en un mundo así. Quizá (o quizá no) Hesíodo inventó la historia de la caja de Pandora, la fuente de la que deriva cada versión posterior, pero hay un detalle que encontrarás en las versiones modernas de la historia que no se le puede atribuir a Hesíodo. La versión habitual en estos días es que, cuando todas las plagas y maldiciones salieron volando de la caja afligiendo a la humanidad, quedó la esperanza como una especie de premio de consolación. En Hesíodo no es un premio de consolación, sino la más repugnante de las maldiciones que Zeus puso en la caja, la ilusión tentadora que las cosas van a mejorar cuando eso no va a ocurrir. A los primeros poetas griegos les gustaba usar la figura poética de la adjetivación (proceso según el cual un sustantivo –o cualquier elemento o partícula

sustantivada— es calificado o determinado por medio de la adición de un adjetivo) y decían “aurora de rosados dedos” o “mar del color del vino oscuro”, etc. Cuando la palabra "**esperanza**" aparece en la antigua poesía griega, el epíteto que normalmente la acompaña es "**ciega**".

Ese es el mundo en el que vivió Hesíodo. La clave que muchos de sus intérpretes modernos no logran entender es que la actitud (y sus implicaciones prácticas) que impregnaba los versos de “Los trabajos y los días” —desconfía de lo nuevo, bázate en la sabiduría tradicional, pon tu esfuerzo en lograr objetivos modestos, guarda una reserva de grano para no morir de hambre durante el año— se adaptaban mejor a su mundo que, por ejemplo, lo que produciría nuestra fe en un potencial ilimitado del futuro. En una sociedad tribal empobrecida que escarbaba por la supervivencia entre las ruinas de una cultura mucho más compleja y sufría los efectos a largo plazo del colapso ecológico, la aceptación de la realidad de la decadencia y la probabilidad de un porvenir peor que el presente era una estrategia mejor que cualquiera de las alternativas; en el lenguaje de la ecología evolutiva, diríamos que era una estrategia adaptativa. No es casual que la visión del tiempos de Hesíodo sea muy común en los tiempos difíciles que siguen al colapso de las grandes civilizaciones.

Por supuesto, la sombría visión de Hesíodo no es la única alternativa a la visión de progreso que define la forma del tiempo en la mayor parte del mundo industrial de hoy. Pero hay una tercera alternativa: juzga la forma de pensar en el tiempo que es común a un gran número de sociedades tribales en todo el mundo. En esta visión de la forma del tiempo, todo lo importante tuvo lugar *in illo tempore* —en el *tiempo del sueño*, como lo llaman los aborígenes australianos, el momento en que los animales vivían y hablaban como las personas y las potencias que definieron el cosmos trazaron los patrones que la humanidad seguiría para siempre—. En esta forma de pensar en el tiempo, todo lo importante de la historia ocurrió hace mucho tiempo y los ancianos recitan a los niños una crónica de las narrativas míticas que para que puedan conocer la forma correcta de vivir. Desde entonces, cada evento (sea parte del ciclo del año, del ciclo de la vida humana, o delo que sea) simplemente reitera y refleja alguna característica de ese tiempo original.

No tengo ni idea de si esto sigue ocurriendo, pero cuando yo era pequeño había gran cantidad de novelas infantiles ambientadas en "sociedades primitivas", es decir, culturas que han experimentado el tiempo de la manera que acabo de esbozar, centradas obsesivamente en algunos individuos imaginarios (casi nunca mujeres) que transformaron las costumbres tribales mediante mediante triunfales innovaciones. Esas historias eran agradables a la sensibilidad de los lectores de las zonas industriales modernas, pero la cultura tribal en cuestión se perdía casi por completo. Cuando una sociedad de cazadores-recolectores o que viva en un ambiente ecológico de recogida de vegetales en una región biológica determinada durante algunos miles de años, seguro que las personas de esa cultura han intentado todas las opciones disponibles, han descubierto cuáles funcionan y cuáles no e incorporan el conocimiento duramente aprendido a sus historias, costumbres y tabúes (las tecnologías usuales para transmitir el conocimiento de generación en generación en las sociedades que no tienen escritura).

En tal contexto, la innovación raramente es una buena idea. Simplemente falta la base de recursos que serían necesarios para hacer frente a una insuficiencia de alimento o inestabilidad ecológica; la capacidad de almacenar alimentos durante largo tiempo no llega hasta la invención de la agricultura (cereales, leguminosas) por lo que nada fue tan importante como el grano almacenado del año que cita Hesíodo para alejar del hambre al cazador-recolector o al forrajeador. El innovador que introduce el arco y la flecha en un pueblo que se utiliza lanzas para la caza podría estar condenándolos a morir de hambre si la nueva tecnología resulta tener demasiado éxito en el juego de la caza y acaba con los animales. En ese entorno ecológico, una comprensión del tiempo que ahuyenta tales posibilidades potencialmente letales es adaptativa.

Veamos otro ejemplo, extraído de entre las cosmologías cíclicas que emergen en las civilizaciones urbanas con escritura cuando pasan de su adolescencia y empiezan a prestar atención a los restos de civilizaciones anteriores a su alrededor. Hay docenas de estas cosmologías, algunas de las cuales se han discutido extensamente en estas docenas de ensayos; el ejemplo que tengo en mente en esta ocasión, es la versión china tradicional que guió directamente el pensamiento histórico en China desde los tiempos arcaicos hasta el siglo XX.

La teoría básica de la ciencia china del tiempo es que los eventos son guiados por muchos ciclos diferentes (algunos son rápidos, otros más lentos) que influyen en una u otra dimensión de la vida humana. El ciclo de las estaciones era uno de ellos; el ciclo de la vida humana era otro; el ciclo de la subida y la caída de las dinastías era un tercero; había muchos más, cada uno con su propio período y secuencia típica de eventos. Así como dos años no tenían exactamente el mismo tiempo en las mismas fechas, en cualquier otro ciclo no hay dos repeticiones idénticas, pero los patrones comunes de los acontecimientos permiten predecir, más o menos, el patrón de repeticiones en los ejemplos anteriores. En una escala mucho más amplia, todos los ciclos (de cualquier tipo) podrían entenderse como expresiones de un único modelo abstracto de cambio cíclico, que fue explorado en el libro clásico chino de la teoría del tiempo, el *"I Ching"*, o *"Libro de las Mutaciones"*.

La mayoría de los que están familiarizados con el I Ching en el mundo occidental sólo lo ven como un libro de adivinación, lleno de oráculos oscuros que surgen al voltear las fichas o, para los entendidos, la clasificación los haces de tallos de milenrama (habitual en los días antiguos). Para los maestros del Libro de las Mutaciones cada uno de los 64 hexagramas es una representación abstracta de una etapa particular en el desarrollo de un patrón cíclico; cada hexagrama podría convertirse en cualquier otro hexagrama si se dieran las condiciones adecuadas; y el objetivo del estudio es poder identificar el patrón al contemplar una secuencia dada de eventos, averiguar la dirección de los acontecimientos y "llegar primero" actuando de manera preventiva. No fue únicamente una actividad puramente filosófica, muchas artes marciales chinas toman el I Ching como base para la estrategia, y "llegar primero" en este caso consiste dar un fuerte puñetazo o patada en los puntos vulnerables del contrario.

Al igual que las otras formas de tiempo que hemos discutido hasta ahora, las cosmologías cíclicas son altamente adaptativas en su propio contexto histórico. Surgen, como ya he sugerido, en las civilizaciones maduras y alfabetizadas que tienen acceso a registros y encuentran ruinas de sociedades más antiguas. Ya se trate de eruditos chinos que enjuician el ascenso y la caída de las dinastías, de sacerdotes caldeos reflexionando sobre el destino de los reinos de la llanura mesopotámica, de estoicos romanos que tratan de entrever los ritmos en que florecieron y cayeron las ciudades-estado griegas o de los primeros historiadores europeos del siglo XX que reconocen patrones familiares en los acontecimientos históricos de su propio tiempo, los estudiantes de los ciclos de la historia pueden reconocer que el pasado tiene enseñanzas que ofrecer al presente y la noción del cambio cíclico los puede guiar en sus esfuerzos para entender las lecciones del pasado y sacar fruto de ellas.

¿Significa esto que las cosmologías cíclicas son más precisas, más exactas, que otras formas del tiempo que hemos citado? ¿Es el círculo de la verdadera forma de tiempo? Esas preguntas no tienen mucho sentido, podrían significar cualquier cosa. Lo que yo he llamado "la forma del tiempo" también es una abstracción, un modelo práctico que resume la forma en que los acontecimientos parecen desarrollarse desde el punto de vista de personas concretas en una situación histórica particular. Abstracciones de este tipo son herramientas, no verdades. (También podrías preguntarte si un martillo es preciso o exacto). Lo cierto es que unas herramientas se adaptan mejor que otras a diferentes situaciones. Si vives en una sociedad que está luchando por levantar cabeza tras un colapso cultural y ecológico, la visión de Hesíodo puede ser la mejor opción; si vives en una sociedad que tiene una relación estable con su ecosistema pero con tan pocos recursos disponibles que es muy improbable tanto un gran avance como volver a caer en el tiempo de la angustia, la cosmología del tiempo de los sueños probablemente sea la mejor opción; si vives en una sociedad con tradición histórica de lectura y escritura y quieres utilizar ese recurso para ayudarte en algunos de los problemas que asediaron a sociedades anteriores, el enfoque cíclico es la herramienta que necesitas. Otras situaciones tienen otras herramientas más adecuadas; las pocas formas de tiempo que he descrito aquí son sólo algunas de entre las muchas opciones que se han intentado, con mayor o menor éxito, a lo largo de la historia registrada.

Hay un punto de particular importancia para nuestro asunto. Si vives en una sociedad que se ha acostumbrado a una abundante fuente de energía concentrada y esta fuente es tan rica que el principal desafío económico durante tres siglos ha sido el de encontrar suficientes maneras de usarlo para reemplazar la potencia del músculo humano y otras fuentes de energía mucho más limitadas de épocas menos generosas, la visión del tiempo como progreso sin fin será la opción más adaptativa. Sin duda esa es la razón principal por la que la creencia en el progreso ha arraigado tan profundamente en el imaginario colectivo del mundo industrial: desde hace más de trescientos años, las más de las veces ha

funcionado. Durante esa época, aquellas personas, empresas y naciones que apostaron a lo grande por el progreso lo hicieron mucho mejor que los que apostaron su dinero y otros recursos en la estabilidad o el rechazo.

Pero como dice la letra pequeña, el rendimiento pasado no es garantía de resultados futuros y una forma de tiempo que ha sido altamente adaptable para un conjunto particular de condiciones históricas puede llegar a ser una pésima adaptación cuando las condiciones cambian repentinamente. La antigua Grecia sufrió un cambio similar que comenzó alrededor de un siglo después de Hesíodo, como consecuencia de la reapertura de las rutas comerciales cerradas desde la caída de Micenas que hizo rentable la agricultura griega de olivar y viñedo para la exportación. A principios del siglo VI el vino y el aceite griegos dominaron los mercados del Mediterráneo oriental lo que significó una masiva entrada de divisas y mercancías a las polis griegas; entonces la forma de ver el tiempo de Hesíodo (dura pero eficaz) dejó de ser relevante, aunque los griegos tardaron muchos años en darse cuenta. Pasó otro milenio y el viejo patrón se repitió, la civilización de la Grecia clásica tropezó por la curva de declinación y caída hacia una era de oscuridad que Hesíodo habría reconocido con facilidad.

El tema central de este blog es hacer ver que ese mismo tipo de transformación está ocurriendo en nuestro propio tiempo, pero en la dirección contraria. La forma del tiempo que gobierna casi todo el pensamiento en el mundo industrial, la visión del progreso perpetuo fue adaptativa hace un tiempo cuando las aportaciones de energía, cada vez más abundantes, eran extraídas de las minas y de los pozos para alimentar el proyecto de expansión industrial sin límites. Sin embargo, el final de la era de energía barata y abundante hace que esta forma del tiempo sea una adaptación terriblemente mala por lo que toda una constelación de suposiciones e ideas basadas en la fe en el progreso ya no sirven.

Dado que la mayoría de las personas del mundo industrial moderno ni siquiera son conscientes del papel que juega la fe en el progreso en su pensamiento, sus posibilidades de adaptarse al final del progreso son escasas. Lo que es peor, ciertos hábitos de pensamiento que la religión civil del progreso ha heredado de las principales religiones teístas hacen que las adaptaciones necesarias sean aún mucho más difíciles de aplicar. Discutiremos sobre todo eso la próxima semana.